

## SEMANA CORDOBESA

---



Hemos terminado nuestra primera Semana Cordobesa; y al hacer el balance de nuestra obra, queremos destacar dos hechos fundamentales: el primero—estas cosas un poco amargas es preciso decir las en primer lugar, acaso para que pase pronto la pena—ha sido la escasa asistencia del público de Córdoba, que ha coincidido con la falta de colaboración de la mayor parte de los señores que con nosotros forman nuestra colectividad; el segundo, el entusiasmo de unos pocos Académicos y la alentadora presencia de algunos señores que, tan decididamente han contribuído a hacer menos doloroso nuestro aislamiento.

¿Cuáles han sido las razones que han tenido nuestros compañeros para no acudir a nuestro llamamiento y hasta para negarnos su presencia en esta obra que nosotros creemos de pleno cordobesismo? ¿Cómo es que no ha llegado hasta el despacho de los curiosos esta cita nuestra, que quisimos hacer desde el primer momento extensiva a todos cuantos han sentido alguna vez la sollicitación de los temas de nuestra patria? Para nosotros es un secreto, escondido e inexplicable.

Nosotros, desde el mismo momento en que pensamos que esta obra era necesaria para ir dando a conocer a los cordobeses la marcha de nuestra casa, los estudios nuevos que sobre asuntos nuestros surgen todos los años, los hallazgos que a cada momento vienen a enriquecer los monumentos de nuestra historia, creímos que nuestra labor tendría la favorable acogida a que son acredores todos los esfuerzos desinteresados y románticos. Como creímos, y seguimos creyendo, que nuestra labor no es la única eficiente, quisimos levantar la voz de nuestro llamamiento, para que llegara a todos los rincones; y ofrecimos tácitamente nuestra casa—esta casa que siempre, siempre está abierta para todos aquellos que tienen de verdad algo que decir—para que desde ella se expusieran muchas de esas cosas que nosotros ignoramos. Hemos invocado, como argumento máximo, el amor patrio... y ¡triste es decirlo...! todo ha resultado infructuoso. Hemos venido a esta

sala unos cuantos tan sólo, a oír nuestra propia voz a veces, que se hubiera desvanecido en inflexiones de pena, si no hubiera sido por la amable colaboración que nos han ofrecido, ese puñado de amigos que han tenido la cortesía de venir a escucharnos.

Yo no me atreveré a decir que las gentes sabias de nuestra ciudad nos desprecian, porque sería algo demasiado duro que repugna al concepto que yo tengo formado del elemento intelectual de nuestra Córdoba; pero si nuestra voz no les causa desprecio, sí parece que les hace dibujar en sus labios una sonrisa de conmiseración.

Nuestra Semana ha querido ser la semana resumen de lo cordobés en el aspecto intelectual. Ha querido ofrecer el muestrario espiritual de nuestros días, sin sectarismos de ningún género, ofrendando el mismo interés a todas las ramas del saber. Nuestra Academia, que tiene ya probado, al mismo tiempo que su devoción a lo antiguo, su amor y su respeto a lo moderno—se acaba de publicar, como ya saben todos los que me escuchan, un número extraordinario de nuestra REVISTA con trabajos de gente joven, que acaba de llegar a las ciencias y a las artes—, ha querido huír, y lo ha conseguido, de toda estereotipia, y ha resucitado en sus sesiones, ya las cosas viejas—recuérdese a Séneca—ya las de nuestros mismos días—y la figura del poeta Molleja, muerto no hace aún un año, da fe.

Pues bien; nada de esto ha llegado hasta nuestros amigos. El quehacer político de estos días ha tenido seguramente apartados de nuestro lado a muchas gentes que aún no quieren darse cuenta de que, entre todos los quehaceres políticos, es el más importante, sin duda alguna, este quehacer de la cultura, este noble afán de las ciencias y las letras, porque es el que más desinteresadamente une a los hombres, si llamamos desinterés, a la noble despreocupación por las cosas de la materia.

Pero sí, como se ve, somos plenamente sinceros para enjuiciar el hecho de la colaboración que se nos ha prestado, también hemos de decir que lo somos al juzgar nuestro estado espiritual al acabar la Primera Semana Cordobesa. Nosotros nos sentimos satisfechos. Estamos contentos de nosotros mismos, porque hemos llevado a cabo la obra que nos propusimos. No hemos de hablar del resultado científico de nuestra empresa, porque no somos nosotros los llamados a hablar; nos referimos sólo a que hemos abierto el camino para que en años sucesivos, los enamorados de nuestra ciudad traigan a esta casa, solar vivo de las ciencias y de las artes, sus descubrimientos o sus fantasías. Ni por un momento se ha apo-

sentado en nuestras almas nada que no sea noble. El dolor que nos produjo la ausencia, ha pasado, apenas se extinguió el eco de las últimas palabras de don Benigno Íñiguez, que ha sido el último de los amigos que hablaron. Enlazado con esos últimos ecos, levantamos nosotros la voz para hacer de nuevo el llamamiento a todos los cordobeses, y los invitamos de nuevo a nuestra casa, para que vayan preparando sus trabajos, pues nosotros, el año próximo, celebraremos también nuestra semana, la segunda que nuestra casa celebrará, y para ella, queremos llevar lo mejor que en nuestra Córdoba se produzca.

Nuestro amor a nuestra ciudad está sobre todas esas cosas pequeñas que tanto deslucen los mejores entusiasmos; podremos individualmente sentir, porque somos humanos, las pequeñas discordias; pero apenas pasamos los umbrales de esas puertas, olvidamos todo lo nuestro, para no acordarnos más que de esta ciudad, tan grande siempre y todavía guardadora de infinitos secretos que no pueden descubrirse con el trabajo de un día, ni con el talento de un hombre, sino que necesitan la colaboración y el amor de todos.

Seguimos nuestra labor. La Academia marcha, sin pararse, por el camino de la ciencia y del bien, con la frente levantada, y con el alma siempre llena de amor y de paz. Con el aliento de unos pocos tenemos bastante para que nuestro paso sea firme. La Academia marcha.

JOSÉ MANUEL CAMACHO.

